

Indigenismos léxicos en el español del sur de Estados Unidos (según las encuestas del «Atlas Lingüístico de Hispanoamérica»)

Amalia PEDRERO GONZÁLEZ

La Lengua es el reflejo de la cultura, de la tradición e incluso de la Historia de un pueblo (no estoy descubriendo nada nuevo), pero no voy a tratar cuestiones de política lingüística, ni de identificación entre lengua y nación, no. Quiero mostrar un ejemplo de cómo el léxico de una lengua, en concreto el español, da cuenta, entre otros, de los pueblos con los que ha estado en contacto; en esta ocasión, serán los indigenismos que se registran en el español del sur de Estados Unidos. Tomo este caso porque el español de Estados Unidos es, al mismo tiempo, una de las variantes menos y más conocidas de nuestra Lengua. Este planteamiento antitético tiene una explicación muy simple: hasta hace pocas décadas, no se le ha prestado especial interés, no así en la actualidad, cuando los trabajos proliferan de manera asombrosa.

Antes de empezar, quiero plantear una cuestión: ¿qué es el español de Estados Unidos? Para comprenderlo, debemos distinguir entre *español de Estados Unidos* y *español en Estados Unidos*¹. Pues existe una parte de este país que estuvo colonizada por España desde mediados del siglo xvi (con épocas de recesión y otras de avances en los territorios conquistados)², con la consiguiente implantación de la lengua: el sudoeste³. Además, Francia vende a España el estado de Luisiana, y le pertenecerá durante cuarenta años (1762-1803), los justos para repoblar la zona con contingente español, en concreto, canario.

¹ Véase el artículo de Manuel ALVAR: «El español de los Estados Unidos: sincronía y diacronía», en *RFE*. LXXII, 1992, pp. 469-490.

² V. MORENO DE ALBA, J. G., «Orígenes del español del suroeste de los Estados Unidos», en Javier WIMER (coord.): *La Lengua Española en los Estados Unidos*. México, Fondo de Cultura Económica de México, 1999, pp. 100-105.

³ Hay que dejar constancia de que la metrópoli nunca estuvo especialmente interesada en el territorio.

Todo esto implica lingüísticamente que el español ha sido en la zona la lengua «oficial» durante siglos. Éste es el verdadero español de Estados Unidos: un español que hoy día, por desgracia, está prácticamente extinguido y ya debemos referirnos al español en Estados Unidos, ni más ni menos que el que están importando las continuas oleadas de inmigrantes, un español heterogéneo y que, por lo general, se devalúa o desaparece en las posteriores generaciones, si bien se renueva con las siguientes oleadas⁴.

El español del sur, el que hemos denominado el verdadero español de Estados Unidos, tampoco es del todo homogéneo: por un lado, debemos separar el español de Luisiana, pues aquí se ha mantenido, aislada, una variante del español de Canarias del siglo XVIII, con influencia del francés y, en los últimos tiempos, del inglés. El resto del territorio (California, Arizona, Nuevo México, sur de Colorado y Texas), se registra una variante del español de México, más acentuada cuanto más nos vamos acercando a la frontera, y más arcaizante, debido también a su aislamiento, según nos vamos aproximando al norte, sin olvidarnos —¡cómo no!— de la presencia del inglés⁵.

Al principio hacía mención a esta zona como una de las mejor conocidas, y esto se debe a los excelentes trabajos que sobre ella se han realizado. Los primeros, de principios del siglo XX, son los de M. A. Espinosa⁶. Sin lugar a dudas, la obra más abarcadora es la realizada por Manuel Alvar dentro del macroproyecto del *Atlas lingüístico de Hispanoamérica*⁷. Como él mismo

⁴ Sobre este tema, la bibliografía es abundantísima, por lo que nos limitamos a hacer referencia a alguna obra que nos parece significativa: es interesante el artículo de Luis Eduardo GUARNIZO: «Perfil sociodemográfico de la población latina de los Estados Unidos», en VV.AA.: *Presente y futuro del español en los Estados Unidos*. Santiago, República Dominicana. Colección Documentos Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra, 1993, pp. 29-6, y más recientemente: SILVA CORBALÁN, C.: «La situación del español en Estados Unidos», en *El español en el mundo, Anuario del Instituto Cervantes 2000*, Plaza & Janés, 2000, pp. 65-116.

⁵ Destacamos los estudios sobre dialectología del sudoeste de Estados Unidos de Jacob ORNSTEIN «Language varieties along the U.S.-Mexican border», en PERREN, G. E., y TRIM, J. L. M.: *Applications of Linguistics*, Cambridge University Press, 1971, págs. 349-362; y, por supuesto, el trabajo de Orlando ALBA, «Dialectología del Español en los Estados Unidos», en *Presente y futuro...*, pp. 93-130.

⁶ *Estudios sobre el Español de Nuevo México*, Parte I, Fonética, Buenos Aires, Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana, 1930. Traducción reelaboración y notas de Amado ALONSO y Ángel ROSENBLAT; Parte II, Morfología, Buenos Aires, Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana, 1946. Reelaboración, traducción y notas de Ángel ROSENBLAT y: «Studies in New Mexican Spanish. Part III. The English Elements», en *Revue de dialectologie romane*, VI, 1914, pp. 241-317.

⁷ ALVAR, Manuel: *El español en el sur de Estados Unidos (Estudios, encuestas, textos)*, Madrid, Ediciones La Goleta. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alcalá de Henares, 2000.

indica⁸, intentó buscar —con mucho esfuerzo— los restos de ese *español de Estados Unidos*. Los resultados poseen un valor incalculable: por el interés lingüístico en sí⁹ y como compendio de ese español al que le queda poco tiempo de vida. De aquí, de la parte de las encuestas¹⁰, hemos tomado los indigenismos.

I. LAS VOCES DE PROCEDENCIA INDÍGENA

Las voces de procedencia indígena han despertado siempre el interés de muchos investigadores, que han elaborado diccionarios y repertorios de muy diversa índole. No obstante, debemos destacar que el método de estudio de estas voces, y de los trabajos lingüísticos en general, ha cambiado considerablemente. Quedó atrás ya la época de hacer glosarios o listas que no daban cuenta realmente de la vitalidad ni del uso, ya que se equiparan voces de conocimiento generalizado con otras prácticamente desconocidas, pues, en palabras de María Vaquero¹¹:

«Hay que tener en cuenta que estos diccionarios han partido de fuentes escritas (crónicas, cartas, protocolos, memorias, documentos, etc.), recopilando todas las palabras autóctonas encontradas e incluyendo los topónimos, antropónimos y gentilicios. Todos estos repertorios, valiosísimos e imprescindibles desde el punto de vista histórico, son engañosos desde el punto de vista sincrónico, pues falsean la realidad del uso lingüístico».

En efecto, a pesar del valor «romántico» que estos términos puedan tener, muchos no han trascendido al uso común. El primer trabajo en el que ya se considera la frecuencia de uso es el de Lope Blanch¹² sobre el español de Méxi-

⁸ Cfr. ALVAR, M. (1991): «Encuestas en Estados Unidos», en *LEA*, 1991, pp. 273-278 y, del mismo autor: «La situación del español de Nuevo México», en *LEXIS. Revista de Lingüística y Literatura*, vol. XX, núms. 1-2. 1996, pp. 67-80.

⁹ Interés lingüístico porque nos refleja la innovación de la zona (además del inglés, creaciones léxicas o semánticas como *abuelo* «coco»; *cododuro* «tacaño», *desaflojarse* «desperzarse», *destripado* «herniado»...), pero también refleja la tradición por la pervivencia de arcaísmos (*gallina de la tierra* «pavo», recordar «despertar»...).

¹⁰ Las encuestas fueron realizadas en Arizona, Nuevo México, Colorado, Texas y Luisiana. Sobre indigenismos en California, se puede consultar el artículo de Giorgio PERISSINOTTO y Judy WEAVER AGUIRRE: «Superpervivencia de indigenismos en el español de California», en *Actas del II Congreso Internacional sobre el español de América*, México, UNAM, 1986, pp. 583-588.

¹¹ VAQUERO DE RAMÍREZ, María: *El español de América II. Morfosintaxis y Léxico*, Madrid, ARCO/LIBROS, 1996, p. 49.

¹² LOPE BLANCH, J. M.: *El léxico indígena en el español de México*, México: El Colegio de México, 1969 (será citado como Lope Blanch, 1969).

co, en el que se dividió en seis apartados los indigenismos según su conocimiento:

I.	Voces de conocimiento absolutamente general.....	99-100%
II.	Voces de conocimiento casi general.....	85-98%
III.	Voces de conocimiento medio.....	50-85%
IV.	Voces poco conocidas.....	25-50%
V.	Voces muy poco conocidas.....	2-25%
VI.	Voces prácticamente desconocidas.....	0-1%

Nosotros tomamos esta misma clasificación, porque, además, permite comparar los indigenismos de esta zona con los de México.

Vamos ya con los indigenismos que se registran en nuestra zona, presentados según su lengua de procedencia, y según su difusión geográfica.

1. Voces antillanas (arahuaco-tainas)

Son las primeras que conocieron y asimilaron nuestros colonizadores al llegar al Nuevo Mundo. A pesar de que estas variantes no formaban parte de las grandes lenguas de cultura de la época precolombina, aportaron gran cantidad de voces al léxico patrimonial¹³ o al español de América, a causa de la expansión colonizadora.

1.1. Empezamos por aquellas voces que aparecen en nuestro territorio que han pasado al léxico general¹⁴, cuya presencia viene justificada, como ya señalábamos, no por la influencia del pueblo indígena en sí, sino porque han pasado a formar parte del léxico patrimonial de nuestra lengua; nos referimos a *huracán*, *maíz* y *naguas*.

Huracán «Tempestad, viento violento»¹⁵. Procede del taíno *hurakán* «id.»¹⁶ y está documentado en nuestra lengua desde fecha realmente temprana: 1510-

¹³ El ejemplo de adaptación más rápido probablemente sea el de la voz *canoa*, del mismo origen que las anteriores, que ya se incluye en el *Vocabulario español-latino* de Antonio de NEBRUJA.

¹⁴ El criterio para tomar una voz como perteneciente al léxico general es que esté atestiguada tanto en América en general, como en la norma culta de España.

¹⁵ Incluimos primero el significado con el que ha sido recogido en las encuestas; si hubiera alguna diferencia con el que posee en otros puntos, se explicará a continuación.

¹⁶ La hipótesis sobre la procedencia maya del término hoy día está desechada.

1515 con la forma *furacán* (DCECH¹⁷, s.v.); de él comentan, entre otros, Fernández de Oviedo, el Padre de las Casas o Juan de Castellanos¹⁸, sus efectos devastadores. En este caso, los conquistadores dieron a conocer el término por todo el continente americano y de aquí pasó a otras lenguas¹⁹. El sur de Estados Unidos no es una excepción, donde obtuvo un índice de frecuencia de uso del 46,2%.

Maíz «íd.», de *mahís*, documentado ya en el diario de Colón (DCECH, s.v.), con aspiración que se sigue manteniendo en varias zonas del Caribe²⁰. Este *mahís* reemplazaba a la *yuca* en las zonas más secas, al igual que en España reemplazó al *mijo*, del que en la Edad Media se extraía la mayor parte de la harina para elaborar el pan en las zonas rurales y hoy queda casi exclusivamente como alimento para las aves. Su índice de frecuencia en la zona que nos ocupa es del 95,7%, es decir, una voz de conocimiento casi general y, la verdad, todo el territorio presenta uniformidad en las respuestas, excepto en Luisiana, donde se recoge *milló*, el occidentalismo peninsular llegado a Estados Unidos de la mano de los pobladores canarios (TLEC²¹, s.v.).

Derivado del anterior es *maizal*, de *maíz* + *-al*. Su documentación en nuestra lengua también es temprana (primera mitad del siglo XVI) y su índice de frecuencia en la zona que nos ocupa, 6,4%.

Naguas «falda de las indias casadas, que les llegaba hasta las rodillas». Es un caso similar al anterior en cuanto a su documentación temprana (1519), y a la presencia en las obras de los distintos cronistas de Indias, pero su difusión a otras lenguas es menor, pues del español pasó al portugués y al catalán. En lo que respecta a la evolución fonética del término, al principio se presenta como la forma taína *naguas*; la vocal epentética *e~* fue posterior (en Calderón alternan las dos formas); según Corominas²², se debe a que aparecía de forma continua en

¹⁷ COROMINAS, J., y PASCUAL, J. A.: *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, Madrid, Gredos, 1980, 3.ª reimposición, 1991 (será citado siempre como DCECH).

¹⁸ Sobre su presencia en las obras de los cronistas de Indias, véase: ALVAR EZQUERRA, M. (coord.): *Vocabulario de indigenismos en las crónicas de Indias*, Madrid, Biblioteca de Filología Hispánica, CSIC, 1997 (VICI).

¹⁹ Véase FRAGO GRACIA, J. A.: *Historia del español de América*, Madrid, Gredos, 1999, p. 241. También de BUESA, T., y UTRILLA, J. M.: *Léxico del español de América. Su elemento patrimonial e indígena*, Madrid, MAPFRE, 1992, p. 56.

²⁰ Sobre las distintas clases de *maíz* documentadas por los cronistas, véase FRAGO, *op. cit.*, p. 126.

²¹ CORRALES, Cristóbal; CORBELLÁ, Dolores, y ÁLVAREZ, M.ª Ángeles (1996): *Tesoro lexicográfico del español de Canarias*. RAE y Gobierno de Canarias, 2.ª edición (TLEC).

²² DCECH, s.v. *enaguas*.

estructuras del tipo *estaba/salió en naguas*. En la zona que nos ocupa, se registra con el significado original «falda», con una frecuencia de uso del 29,1%, y con el significado actual («prenda que se lleva debajo de la falda») con una frecuencia considerablemente superior: 57,1%.

1.2. Otras voces antillanas no tienen tanta difusión como las anteriores, ya que tienen una localización geográfica concreta. En este grupo incluimos *aura*, *batata*, *cocuyo*, *huero*, *jején*, *macana* y *maní*.

Aura «ave de rapiña». Está claro que es una voz antillana, pero nadie se atreve a otorgarle un origen concreto; sí está comprobado que procede de Cuba y hoy es voz común en las Antillas, si bien ya está documentada en Fray Alonso de Molina (*DCECH*, s.v.)²³. En nuestro territorio se localiza en el este de Texas con una frecuencia de aparición del 17,8%.

Batata «planta convulvulácea, cuyo tubérculo es comestible y de gusto dulce». La voz procede de Santo Domingo, donde era uno de los sustentos principales de la población indígena²⁴. Aunque la voz está documentada en nuestra lengua desde principios del siglo xv (*DCECH*, s.v.), no ha tenido demasiado éxito en América en general, ni en España²⁵, con excepción de Canarias (*TLEC*, s.v.)²⁶; tampoco en el sur de Estados Unidos, donde sólo obtuvo el 5% de frecuencia de uso, y no está repartida por todo el territorio: se registra únicamente en Luisiana, llevada por los pobladores canarios que allí se asentaron en el siglo xviii; es decir, el término viajó de las Antillas a Canarias, y desde allí otra vez a América.

Cocuyo «insecto fosforescente volador», documentada por primera vez por Fernández de Oviedo (1535, *DCECH*, s.v.)²⁷, y hoy día está recogida con este

²³ Queremos mencionar que en el artículo de Lope BLANCH, «Antillanismos en la Nueva España», incluido en *Investigaciones sobre dialectología mexicana*, México, UNAM, 1990 (2.ª ed.), pp. 161-169, esta voz no está registrada; sin embargo, en su libro *Léxico del habla culta de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México (1978) sí aparece, aunque de forma minoritaria.

²⁴ Sobre las costumbres alimentarias antillanas, véase BUESA OLIVER, T.: *Indoamericanismos léxicos en español*, Madrid, Instituto «Miguel de Cervantes», CSIC, 1965, p. 26 y de este mismo autor y ENGUITA, *op. cit.*, p. 61-62.

²⁵ Cfr. HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro (1938): *Para la historia de los indigenismos*, Buenos Aires, Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana, 1938, p. 37.

²⁶ Para referirnos al español de Canarias, es de obligada referencia la obra de ALVAR: *Atlas Lingüístico y Etnográfico de las Islas Canarias*, Cabildo Insular de las Islas Canarias, 1975-1978, 3 vols. En concreto, los indigenismos están estudiados por María Vaquero en «Indoamericanismos léxicos en el español de Canarias (según datos del ALEICan)», en *AFA*, XXXVI-XXXVII, pp. 667-682.

²⁷ Véase FRIEDERICI, G.: *Amerikanistisches Wörterbuch*, Hamburgo, Cram, de Gruyter & Co., 1960, p. 198 (Friederici).

significado para América en general por Morínigo (s.v.)²⁸, o para México por Santamaría (s.v.)²⁹; sin embargo, también es una voz de uso en Canarias (TLEC, s.v.; DCLéx³⁰, s.v.) de donde se justifica su presencia en la zona que nos ocupa, ya que fue en Luisiana, como respuesta única, en el único punto que se registró. Al igual que en el caso anterior, la voz pasa de las Antillas a Canarias, y desde aquí otra vez a América, en concreto, a Luisiana.

Huero. Según el DRAE³¹: «*Méj*. Dícese de la persona que tiene los cabellos rubios». Corominas (DCECH, s.v.) propone que de «malogrado» pasó a «hombre enfermizo, que no sale de casa por temor del tiempo», de donde llegó a designar «de tez blanca» y, por ende, «rubio». La voz no está registrada como indigenismo en ninguna de las fuentes consultadas, salvo por Salas³², que le atribuye origen arahuaco. En la zona que nos ocupa está repartida por todo el territorio menos en Luisiana, con una frecuencia de uso del 61,5%, voz de conocimiento medio según la clasificación de Lope Blanch. Su presencia en nuestro estudio se justifica por el uso que del término se realiza en el país vecino.

Jején «mosquito tropical de tamaño pequeño, cuya picadura produce dolor e irritación». Otra voz documentada por primera vez por Fernández de Oviedo con la forma *xixenes* (DCECH, s.v.)³³, pero destaca en todas las fuentes, tanto su tamaño diminuto, como su molesta picadura. Morínigo localiza el término en toda América, si bien en la zona que nos ocupa es una denominación minoritaria, pues sólo obtuvo una frecuencia del 5,6% y reducida a la parte central de Nuevo México.

Macana «tacaño», de *makana* «especie de porra, maza o espada hecha con madera dura». Al igual que los anteriores, su documentación es muy temprana en nuestra lengua (principios del siglo xv)³⁴. Su área de difusión se circunscribe a América con el significado que hemos citado; sin embargo, hemos recogido

²⁸ MORÍNIGO, Marcos A. (1993): *Diccionario del español de América*, Madrid, Anaya, 1993 (Morínigo).

²⁹ SANTAMARÍA, Francisco J.: *Diccionario de Mejicanismos*, México, Ed. Porrúa, 1959 (Santamaría).

³⁰ CORRALES, Cristóbal, y CORBELLÁ, Dolores: *Diccionario de las coincidencias léxicas entre el español de Canarias y el español de América*. Excmo. Cabildo Insular de Tenerife, 1994 (DCLéx).

³¹ REAL ACADEMIA ESPAÑOLA: *Diccionario de la Lengua Española*, Madrid, Espasa-Calpe, 1992, 21.ª edición (DRAE).

³² SALA, Marius; MUNTEANU, Dan; NEAGU, Valeria; SANDRU-OLTEANU, Tudora: *El léxico indígena del español americano*, México, Academia Mexicana, 1977.

³³ Para otras documentaciones de la voz en cronistas, véase VICI, s.v.

³⁴ Véase DCECH, s.v., y BUESA Y ENGUITA, op. cit., p. 58.

otros muy diferentes: en Canarias, según el *DCLéx* (s.v.) es «torpe», para Cerda³⁵, «mezquino» y, según Moreno de Alba³⁶, es una de las denominaciones no frecuentes que en México recibe el «tacaño», significado con el que lo tenemos registrado, pero también con una frecuencia de aparición muy baja (1,6%).

Maní, voz procedente de Haití, que se mantiene en Sudamérica y Canarias (*DCLéx*, *TLEC*, s.v.), frente Centroamérica y Colombia donde alternan *maní* y *cacahuate*, o a España (menos Canarias) y México, donde se prefiere, como veremos después, el náhuatl *cacahuate*, al igual que en la zona que nos ocupa, pues *maní* sólo obtuvo el 2,2% de frecuencia de uso.

2. Voces Guanches

Estamos viendo que algunas voces indígenas aparecen en un punto concreto, debido a la influencia canaria, pero Canarias también aportó sus propios indigenismos, a pesar de que en realidad son poquísimos, no sólo en el español del sur de Estados Unidos, donde tampoco son generales (su presencia se limita a Luisiana), sino también en Canarias, pero tenemos dos: *beletén* «calostro» y *guirre* «ave de rapiña mayor que el águila, y naturalmente pesada» (*TLEC*)³⁷.

Es más difícil precisar la procedencia guanche de *taboso* «renacuajo», recogido en el *TLEC* (s.v.) con la forma *taboco*, al que se le atribuye una posible procedencia guanche o portuguesa; tampoco Alvar³⁸ se atreve a confirmar un origen determinado.

3. Voces quechuas

El quechua, ligado al imperio incaico, era una lengua de gran prestigio ya en época precolombina, tomada por muchos misioneros como lengua de comuni-

³⁵ CERDA, Gilberto; CABAZA, Berta, y FARIAS, Julieta: *Vocabulario Español de Texas*, University of Texas Press, 1974 (Cerde).

³⁶ MORENO DE ALBA, J. G.: *Diferencias léxicas entre España y América*, Madrid, MAPFRE, 1992.

³⁷ Sobre su uso y difusión en las islas, véase *TLEC* (s.v.); para su presencia en Luisiana, la obra de Manuel ALVAR: *El dialecto canario de Luisiana*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, 1998, p. 100.

³⁸ ALVAR, M.: *El dialecto...*, 1998, p. 100.

cación en la zona de América del sur y que hoy sigue contando con varios millones de hablantes, si bien la mayoría de ellos son bilingües. Ha aportado algunas voces al léxico general como *coca*, *cóndor* o *puma*. Sin embargo, la zona que nos ocupa queda lejos de su influencia³⁹: no se ha recogido ningún término que haya pasado al léxico general (con reticencias), pues las únicas consignadas han sido *charqui*, y *papa* (*dulce*).

Charqui (< ch'árki) «carne seca y salada». Su primera documentación en nuestra lengua, obviamente, es posterior a la de las voces arahuaco-taínas, pues data de 1602 (DCECH, s.v. *charque*⁴⁰). El área de difusión del término está localizada en Sudamérica en general, pero Moreno de Alba⁴¹ también la localiza en México, por donde justificamos su presencia en el sur de Estados Unidos, si bien hay que señalar que no es frecuente en absoluto, pues sólo apareció en Nuevo México, con una frecuencia de uso del 1,8%.

Papa (*dulce*) «batata», procede de quechua *pápa* «patata» más el adjetivo *dulce*. Antes mostrábamos reticencias a que las formas quechuas aquí registradas no habían pasado al léxico general, pues *papa* es la denominación de «patata» en la mayor parte del ámbito hispánico, e incluso el castellano *patata* es un cruce de esta voz quechua, más el arahuaco *batata*. Pero nos centramos en *papa dulce*, que en el sur de Estados Unidos se registra en Nuevo México (preferentemente en el centro y norte). Henríquez Ureña⁴² localiza la forma en el sudoeste del país por una posible influencia del inglés *sweet potato*; no obstante, la misma denominación la recoge en otros países como Chile y el Río de la Plata, donde no es tan clara la influencia del inglés e incluso, en portugués es *batata doce*. En cualquier caso, aunque la denominación no sea exclusiva de la zona, no cabe duda de que la presión de la lengua inglesa puede propiciar el alto índice de frecuencia (30%) de esta forma en perjuicio de otras.

No podemos asegurar que *chanchaquero* «tobillo» proceda del quechua, pero queremos dejar constancia del hecho: en quechua existe el verbo *chancay* con el significado «moler, triturar», por lo que la voz sería un derivado de esta forma más

³⁹ Para la difusión de los indigenismos fuera de su área de influencia, véase ZAMORA, J. C.: «Amerindian loan words in general and local varieties of American Spanish», en *Word*, XXXIII, 1982, pp. 159-172.

⁴⁰ Corominas plantea la hipótesis de que pueda ser un hispanismo en quechua, basándose en un posible origen árabe.

⁴¹ *Op. cit.*, p. 80.

⁴² *Op. cit.*, p. 37.

el sufijo español *-ero*; el cambio semántico podría ser explicado por metonimia, si partimos de que se puede «triturar» con el talón y, por contigüidad, el tobillo. Aun así, es más difícil justificar la reduplicación silábica, y mucho más difícil la presencia de una voz de origen quechua en la zona que no está documentada en México, aunque sí está documentado (el verbo quechua) en Centroamérica. Por otro lado, Smead y Halvor⁴³ recogen *chancaquí* como una voz azteca de etimología dudosa porque no se ha comprobado la autoridad lingüística; por el significado, podríamos pensar que se trata de la misma forma, pero el significado que ellos aducen es muy diferente («cardo» y «zumar»).

Llegamos a las voces procedentes de las lenguas indígenas del actual México, aunque sería más apropiado hablar del náhuatl, pues, que no pertenezca a esta lengua sólo se ha registrado una voz, *huarache* «zapatillas», perteneciente al tarasco. De su uso en México nos da cuenta Lope Blanch (1969), que la incluye dentro de las voces indígenas de conocimiento absolutamente general. Con este significado también está atestiguada por Cobos⁴⁴ (s.v.) como una forma típica del español de Nuevo México y el sur de Colorado, estados donde aparece principalmente con un índice de frecuencia del 39,2%.

4. Voces náhuatl

El imperio azteca es otro de los más importantes de la cultura precolombina y su lengua por excelencia, el náhuatl, se impuso a otras de la entidad del maya. Como mencionábamos, la lengua indígena más importante en el sur de Estados Unidos es el náhuatl, obviamente, por la influencia de México. De todo el corpus, el 3,5% del léxico es de procedencia náhuatl, representadas principalmente en los campos referidos a la agricultura (12,58%), juegos y diversiones (5,20%), o animales y ganadería (4,62%); por el contrario, no se ha registrado ninguna referida al tiempo, en accidentes topográficos también es prácticamente inexistente (0,04%), y en el mundo espiritual y profesiones y oficios, su índice de frecuencia no llegó al 1% (0,46 y 0,44% respectivamente). Tampoco es igual su uso en los diferentes estados: en Luisiana no se registró ninguno, como

⁴³ Robert N. SMEAD y J. HALVOR CLEGG: «Aztequismos en el español chicano», en BERGEN, J. J. (ed.): *Spanish in the United States: Sociolinguistic Issues*. Georgetown University Press, Washington, D.C., 1990, pp. 23-30.

⁴⁴ COBOS, Rubén: *A Dictionary of New Mexico and Southern Colorado Spanish*, Santa Fe, Museum of New Mexico Press, 1983 (COBOS).

era de esperar; en Arizona fue el 4,4%, más que en Texas (3,9%), y el índice de frecuencia más bajo de voces náhuatl, sin contar Luisiana, lo obtuvo Colorado con un 3%. En lo que se refiere a su uso por parte de los informantes tenemos:

HOMBRES	PRIMARIA	SECUNDARIA	SUPERIOR	TOTAL
Mayor de 60	(6 x) 3,36%	(9 x) 3,82%	0	(15 x) 3,64%
Menor de 60	(3 x) 3,96%	(1 x) 2,70%	(5 x) 4,32%	(9 x) 3,82%
TOTAL	(9 x) 3,56%	(10 x) 3,71%	(5 x) 3,96%	(24 x) 3,71%

MUJERES	PRIMARIA	SECUNDARIA	SUPERIOR	TOTAL
Mayor de 60	(13 x) 3,24%	(5 x) 3,28%	(5 x) 2,82%	(23 x) 3,16%
Menor de 60	(1 x) 3,30%	(1 x) 2,10%	(3 x) 3,83%	(5 x) 3,38%
TOTAL	(14 x) 3,25%	(6 x) 3,08%	(8 x) 3,20%	(28 x) 3,20%

En esta ocasión, aunque no hay diferencias significativas, son los hombres los que poseen un índice de uso de voces náhuatl algo superior al de las mujeres (3,71% y 3,20% respectivamente). En lo que se refiere a la edad, curiosamente, los menores de 60 años tienen una frecuencia superior a la de los mayores, tanto en hombres como en mujeres: 3,82% en el caso de los hombres, y 3,38% en las mujeres. Por último, y también sorprendentemente, los hombres con estudios universitarios emplean más términos náhuatl que el resto, y entre las mujeres, curiosamente, los mayores índices se encuentran entre las que tienen menor formación.

4.1. Veamos ya cuáles son las voces pertenecientes ya al léxico general aportadas por el náhuatl⁴⁵ y que aparecen en la zona que nos ocupa: *cacahuate* y *tiza*.

Cacahuate de *kakahuatl* «cacao», documentada en nuestra lengua por Gonzalo Fernández de Oviedo en su *Historia general y natural de las Indias* (VICI, s.v.). Existe una diferencia fonética entre España y México: mientras que en México se prefiere *cacahuate*, en España es *cacahuete*; según Corominas (DCECH, s.v.), el cambio fonético se produce por un falso análisis al pensar en la forma *cacao* más el diminutivo *-ete*. En el territorio que nos ocupa, obtuvo una frecuencia de uso del 93,5%.

⁴⁵ Cfr. León PORTILLA, M.: «Nahuatlismos en el castellano de España», en *LEA*, IV, 1982, pp. 213-238.

Tiza procede de *tizatl* «greda, especie de tierra blanca». Su documentación en la lengua es a mediados del siglo XVIII en el diccionario de Terreros⁴⁶. Curiosamente, la voz no tiene mucho éxito en México (Lope Blanch la registra entre las voces de conocimiento medio), donde predomina *gis*, ni tampoco en la zona que nos ocupa, donde sólo obtuvo el 21,8% de uso, pero aquí la respuesta mayoritaria es el anglicismo *choque* (< ing. *shalk*).

4.2. Voces que no han pasado al léxico general:

Las voces náhuatl son más abundantes que las anteriores, y nos permite diferenciar entre americanismos en general, mexicanismos (y dentro de éstos, dialectalismos norteños) y nahuatlismos propios del español del sur de Estados Unidos. Empezamos por las más generales:

4.2.a. Voces de difusión continental⁴⁷:

Incluimos en este grupo: *camote*, *chamaco*, *chapulín*, *chiche*, *chilote*, *chincual*, *elote*, *guajolote*, *jacal*, *jicote*, *mecates*, *metate*, *milpa*, *mitotear*, *olote*, *tepacote* y *zopilote*.

Camote de *kamótlī* «batata»; documentado por primera vez en nuestra lengua desde mediados del siglo XVI por P. de las Casas (*DCECH*, s.v.; *VICI*, s.v.) y hoy día incluida en todo tipo de fuentes: desde las más generales como el *DRAE*, a las referidas únicamente a áreas locales (Cobos, Cerda). Ha tenido en América más éxito que su sinónimo *batata*⁴⁸. En la zona que nos ocupa, es la variante mayoritaria: obtuvo el 65% de frecuencia de aparición, repartido por todo el territorio en general menos en Luisiana, pero especialmente en la parte sur, zona de la frontera con México y que más influencia tiene de este país.

Chamaco, de *chamua* «muchacho»⁴⁹. Es otra voz de uso general en México, y como mexicanismo está recogido por Santamaría (s.v.) con el significado «niño, muchacho», al igual que Kercheville⁵⁰ (s.v.) para Nuevo México. En el sur de Esta-

⁴⁶ TERREROS Y PANDO, E.: *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes y sus correspondientes en las tres lenguas francesa, latina e italiana*, 1786-1793, 4 vols.

⁴⁷ El criterio que se ha seguido es que estén documentadas las voces en, al menos, tres países.

⁴⁸ Véase HENRÍQUEZ UREÑA, *op. cit.*, p. 37-40 y FRIEDERICI (s.v.)

⁴⁹ MORÍNIGO (s.v.) propone que tal vez pueda proceder de *chamahua* «empezar a sazonar el maíz».

⁵⁰ KERCHEVILLE, F. M.: «A Preliminary Glossary of New Mexican Spanish», en *University of New Mexico Bulletin*, V, 1934, p. 9-69.

dos Unidos no tiene una distribución geográfica precisa, pero sí destacamos que designa al niño desde sus primeros años hasta prácticamente la madurez, si bien se especializa en el niño entre 5 y 10 años, en el que su frecuencia de uso es la mayor (47,6%), más que en niño entre 0 y 5 años, con una frecuencia de aparición del 27,5%; en niño de 10 a 15 años (18,5%) y en el de 15 a 20 años (4,2%).

Chapulín «saltamontes, langosta», de *chapulin* «langosta», voz usual en gran parte de América, e incluso Lope Blanch⁵¹ afirma que este término en México ha llegado a desplazar al de origen castellano. En la zona que nos ocupa obtuvo un 72% de frecuencia de uso, pero está distribuido de forma desigual, pues es la única respuesta en Nuevo México y Colorado, la mayoritaria en Arizona y la segunda variante en Texas (en Luisiana no se registró), pues aquí predomina la denominación *grillo*.

Chiche «ubre de la vaca», procede de *chichi* «pecho», en el *DRAE* se incluye como un americanismo general con el significado «pecho de la mujer», que no del animal; sin embargo, otros autores, como Morínigo (s.v.), no hacen distinción. De su designación como «pecho de mujer» tenemos el testimonio en *chichero* «sostén o prenda similar», derivado de la voz náhuatl más el sufijo español *-ero*; debemos mencionar que el informante de Arizona señaló que el término es vulgar. Por otro lado, la frecuencia de uso de los dos términos es bastante baja: 11,5% y 11,9% respectivamente, posiblemente por la marca diafásica.

Chilote «mazorca tierna de maíz», procede de *xilotl* «cabello», obtuvo una frecuencia de uso del 9,1%, restringida al norte de Nuevo México, la zona más arcaizante, pero fuera del territorio que nos ocupa, se emplea en México, Cuba y Centroamérica.

Chincual «calostro», compuesto del náhuatl *chincó* y *atl*. Es una voz de uso en México y Centroamérica, pero con el significado que aquí se registra no se ha encontrado en ninguna de las fuentes consultadas que la incluyen, pues está definido tanto por Santamaría (s.v.), Robelo⁵² (s.v.), Buesa (p. 44) o Cobos (s.v.) como «enfermedad de niños pequeños». El índice de frecuencia de la voz (3,3%) no nos permite asegurar que se trate de una creación semántica.

⁵¹ «Situación actual del español de México», en *Estudios sobre el español de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1983, 2.^a ed. p. 29.

⁵² ROBELO, Cecilio A.: *Diccionario de aztequismos*, México, Ed. Fuente Cultural, 1904.

Elote «mazorca tierna de maíz», de *elotl* «id.», Su uso va más allá de nuestro territorio, ya que se extiende por América Central y México; en nuestra zona obtuvo un índice de frecuencia del 77,3%; sin embargo, queremos destacar que su significado se amplía a «zuro, corazón de la mazorca», con un índice de uso del 19%, y a designar la propia «mazorca» (44,4% de frecuencia). Como variante «vulgar» (según Santamaría, s.v.) de *elote* se ha registrado *ilote*, con un índice de uso del 6,8%, sólo con el significado de «mazorca tierna de maíz».

Guajolote «pavo», de *huexolotl* «id.». Documentada por primera vez en nuestra lengua en 1598 según el *DCECH* (s.v.), donde se sostiene que su uso era mayor en época colonial que ahora. Hoy día la difusión de la voz comprende México y América Central. Según Kiddle⁵³, esta es la forma que se oía en el sur de Nuevo México, zona de mayor influencia del país vecino, sin embargo, en nuestra fuente aparece repartida por todo el estado, además de en Texas, Colorado y Arizona, como la voz mayoritaria con un índice de frecuencia del 62,3%.

Jacal «vivienda típica campesina», de *xacalli*, «vivienda pobre», documentada por primera vez en nuestra lengua en 1532, según Buesa⁵⁴, y hoy día es común en México, Guatemala y Venezuela (Morínigo, s.v.). Lope Blanch (1969) la registró como voz de conocimiento absolutamente general y no sólo de conocimiento absolutamente general, sino que sostiene⁵⁵ que el término también ha desplazado a la palabra castellana *choza*. En la zona que nos ocupa, fue la respuesta mayoritaria, con un índice de frecuencia del 48%.

Jicote «moscardón», de *xicotli* «avispa». Es una voz de uso en México y Centroamérica con el significado de «avispa»; con el significado aquí recogido, no está incluido en ninguna de las fuentes consultadas, ni siquiera por Cerda (s.v.), ya que es en Texas precisamente donde se da, con una frecuencia de uso del 12,5%.

Mecates «cordones de los zapatos», procede de *mecatl* «soga de corteza vegetal». La voz aparece ya en el *Vocabulario* de Fray Alonso de Molina (1571) con la forma *mecapal* y *mekapálli* (*DCECH*, s.v.)⁵⁶, y ya era usual en el español

⁵³ KIDDLE, L. B.: «Los nombres del pavo en el dialecto nuevomejicano», en *Hispania*, XXIV, 1941, pp. 213-216.

⁵⁴ *Op. cit.*, p. 40

⁵⁵ «Situación actual del español de México», en *Estudios sobre el español de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1972. Citamos por la 2.ª edición, p. 29.

⁵⁶ Sobre la obra de Fray Alonso de Molina, destacamos el trabajo de HERNÁNDEZ, Esther: *Vocabulario en lengua castellana y mexicana de Fray Alonso de Molina*, Madrid, Biblioteca de Filología Hispánica, CSIC, 1996.

americano del siglo XVI, si seguimos el testimonio de Boyd-Bowman (s.v.)⁵⁷ y, en la actualidad, está dentro de esas voces indígenas de conocimiento absolutamente general en México (Lope Blanch, 1969) eso sí, su uso no se circunscribe únicamente a México, sino que se extiende por América Central y Colombia. En Estados Unidos, su frecuencia de uso es del 23,5%, repartido por Nuevo México, Colorado y Arizona.

Metate «almirez» de *métlatl* «molino rústico para triturar granos a mano», significado con el que está recogido por Fray Alonso de Molina a finales del siglo XVI. El término está localizado en Centroamérica y México, en este último, voz de conocimiento también absolutamente general en el estudio de Lope Blanch (1969); por su parte en nuestro territorio se localiza en Arizona y Nuevo México, con una frecuencia de aparición del 24,1%.

Milpa «plantación de maíz», de *milli* «sementera» y *pan* «en, sobre», documentado ya en nuestra lengua desde 1576 por García de Palacio. El término es de uso común en América Central y México, país en el que es una voz indígena de conocimiento absolutamente general y, según Lope Blanch⁵⁸, es otra que también ha desplazado a la palabra de procedencia castellana con este significado. En el sur de Estados Unidos no la ha desplazado totalmente, pero sí ha sido la variante de mayor frecuencia, con un 55,3%.

Mitotear «pelar la pava», derivado de la voz nahuatl *mitotl* más el sufijo *-ear*, definido por Santamaría (s.v.) como «hacer mitotes o melindres». Según Buesa⁵⁹, el término, cuyo significado original era «baile cantado» (tal como lo recoge Oviedo, 1505), pasó a designar «fiesta casera», «bulla», «alboroto», «chisme» y pervive como recuerdo de las antiguas fiestas náhuatl, pero ahora con difusión por toda América. En nuestro territorio sólo se registró en un punto de Nuevo México, con frecuencia del 2,8%.

Olote «zuro, corazón de la mazorca», de *ólotl* «íd.»; otra voz documentada por Fray Alonso de Molina. En la actualidad, su área de difusión abarca Centroamérica y México, donde es una voz de conocimiento casi general, según Lope Blanch (1969). En las encuestas, fue la respuesta mayoritaria, con un 73,8% de

⁵⁷ BOYD-BOWMAN, Peter: *Léxico Hispanoamericano del siglo XVI*, Londres, Tamesis Books Limited, 1972.

⁵⁸ «Situación actual del español...», p. 29.

⁵⁹ *Op. cit.*, p. 44.

frecuencia de uso, con los testimonios además de Cobos (s.v.) y Hills (s.v.) en lo que se refiere a Nuevo México y Colorado, y en cuanto a Texas, Cerda.

Tepocate «renacuajo» de *a-tepocatl* «id.»; su uso se extiende por Centroamérica y México, donde es una voz de conocimiento casi general (Lope Blanch, 1969), aunque en nuestro territorio sólo se consignó en Texas y Nuevo México, con un índice de frecuencia del 14,7%.

Zopilote «ave de rapiña», de *tzopilotl*, compuesto de *tzotl* «inmundicia» y *pilola* «colgar». Corominas (DCECH, s.v.) lo explica porque se llevan por los aires piltrafas de animales muertos, además de citarlo ya en el vocabulario de Fray Alonso de Molina. Hoy día, el término se localiza en Centroamérica y México donde es una voz de conocimiento absolutamente general (Lope Blanch, 1969). En el sur de Estados Unidos fue la respuesta mayoritaria con un 77,8% de frecuencia de aparición.

4.2.b. Voces de uso mexicano⁶⁰

Aquellos términos que localizamos en toda la República son: *capulín*, *cócano*, *cuates*, *chapo*, *jocoque*, *llorona*, *malacate*, *mayate*, *molcajete*, *necha*, *papalote*, *petaquilla*, *pilmama*, *pinacate*, *piocha* y *popote*.

Capulín «ciruela» (<*capuli*), término típico de México⁶¹, donde es de conocimiento absolutamente general (Lope Blanch, 1969). Según Santamaría (s.v.), se aplica a muchas plantas silvestres que producen frutos como las cerezas o similares. Por su parte, Cobos (s.v.) lo define como «cereza silvestre». En Estados Unidos se ha registrado sólo en Nuevo México, con una frecuencia de aparición del 2,4% con el significado antes mencionado.

Cócano («pavo») de *cocone*, como sostiene Santamaría (s.v.). Según el DRAE o Morínigo (s.v.), el uso se reduce a México, donde designa el pavo «sobre todo del no completamente crecido». En lo que se refiere ya a Estados Unidos, para

⁶⁰ Están incluidas en este apartado aquellas voces que sólo están registradas en México en general, o en otro país más.

⁶¹ La voz está incluida en el DRAE como sinónimo de *capuli* sin marca diatópica alguna. MORÍNIGO (s.v.) lo localiza únicamente en México e insiste en el significado de «árbol»; no obstante, en las fuentes referidas exclusivamente a Nuevo México, no es el árbol, sino el fruto, sin embargo, el bajo índice de frecuencia no nos permite asegurar la creación semántica, pero sí dejar constancia del dato.

Kiddle⁶², esta variante se oye con bastante frecuencia en todo el estado de Nuevo México, pero en las encuestas aparece en el centro y norte, además de en Arizona, con una frecuencia de uso del 8,2%.

Cuates, «mellizo» (de *cóatl* «culebra» o «mellizo»), voz a la que Buesa⁶³ le atribuye un valor afectivo familiar. Sobre la difusión del término, en el *DRAE* se localiza en Ecuador y México con el significado aquí requerido, en este último país, voz de conocimiento absolutamente general según el estudio de Lope Blanch (1969); por su parte, en nuestro territorio, obtuvo el 78,7% de frecuencia de uso.

Chapo «hombre de pequeña estatura», de *chapa* «enano», es una voz de uso mejicano, tal como lo atestiguan Morínigo (s.v.) o Santamaría (s.v.), pero está atestiguado su uso en nuestra zona a tenor de los trabajos de Cerda (s.v.), Cobos (s.v.) y Kercheville (s.v.). Aportamos que en las encuestas tuvo un índice de uso del 14,5% y esto es debido principalmente a que en Nuevo México se emplea una variante de éste, *chopo*⁶⁴, que tuvo un índice de frecuencia del 21,8%.

Jocoque «quesón», de *xococ*, recogida por Morínigo (s.v.) como un término de uso en México con el significado «leche cortada», donde es una voz de conocimiento casi general según Lope Blanch (1969). En nuestro territorio se localiza únicamente en Texas con una frecuencia de uso del 13,9%.

Llorona. Evidentemente, esta voz no procede del náhuatl y tampoco su frecuencia de aparición es alta (3,2%), pero es un ejemplo claro de cómo han pervivido los mitos aztecas en este territorio que, por otro lado, también se da en México. Según Cobos (s.v.), las leyendas que existen en torno a la *llorona* son las siguientes: la *Llorona* es el fantasma de una mujer en busca de sus hijos que murieron en el momento de nacer; un alma del purgatorio que tiene que expiar sus pecados, el espíritu de una joven mujer soltera que, al enterarse de que su compañero y padre de sus dos hijos, por arreglo de la madre de él, iba a contraer matrimonio con una joven adinerada, ahogó a sus hijos; el espíritu de una

⁶² Art. cit.

⁶³ *Op. cit.*, p. 44

⁶⁴ Véase HILLS, E. C.: «El español de Nuevo Méjico», en HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro: *El español en Méjico, los Estados Unidos y la América Central*, Buenos Aires, Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana, 1938, pp. 1-73.

divinidad azteca cuyos hijos fueron sacrificados⁶⁵ y por las noches los busca para llevárselos y, por último, el fantasma de «La Malinche», intérprete y concubina de Cortés, que traicionó a su pueblo por su amante.

Malacate «almirez». Se han registrado varias voces de origen náhuatl para designar el concepto «almirez»: *molcajete*, *metate* y la que ahora nos ocupa, *malacate*. De ellas, la que menor frecuencia de uso obtuvo fue precisamente *malacate*, con 1,9% de frecuencia de uso, igual que en el estudio de Lope Blanch (1969), donde es una voz de conocimiento medio, frente a las otras que son de conocimiento absolutamente general. Su escaso índice de frecuencia puede justificarse porque su significado no es realmente con el que aquí aparece, sino «huso», pues procede de *malakatl*, compuesto de *malina* «torcer hilo» y *ákatl* «caña»⁶⁶, por lo que se produciría una transferencia de significado por metáfora. Hoy día, la voz está extendida por toda América, pero con el significado «cabrestante», según Corominas (*DCECH*, s.v.), por las minas mejicanas, si bien sostiene que el significado de «huso» se mantiene en México y Honduras.

Mayate «moscardón», procede de *mayatl* «escarabajo», significado («escarabajo») con el que está registrado en todas las fuentes consultadas⁶⁷, si bien Robello (s.v.) y Elizondo (s.v.) señalan su carácter volador, y Cobos (s.v.) y Cerda (s.v.), además de este valor, sostienen que se aplica a «lo negro», por donde se explica su significado de «moscardón». Hoy día se usa en México, donde es una voz de conocimiento casi general, según Lope Blanch (1969), aunque en nuestro territorio sólo se registró en Arizona, con índice de frecuencia del 2,5%.

Molcajete «almirez», procedente de *mulca-xitl* «mortero de piedra o barro», compuesto de *molli* «salsa» y *caxitl* «escudilla», documentado ya por fray Alonso de Molina. Su uso se extiende hoy por México y Ecuador; en el primero, Santamaría (s.v.) lo sitúa entre gente pobre y Lope Blanch (1969) como voz de conocimiento absolutamente general. En nuestro territorio es la respuesta mayoritaria con una frecuencia de uso del 50%. Este índice de frecuencia es debido a que

⁶⁵ ELIZONDO [ELIZONDO ELIZONDO, R.: *Lexicón del noreste de México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996 (ELIZONDO)] también la ha incluido en su *Lexicón*, e insiste en el sacrificio de los hijos, además de aportar que va vestida de blanco, con el pelo suelto y lamentándose por sus hijos; en ningún momento menciona su procedencia azteca.

⁶⁶ Cfr. BUESA, *op. cit.*, p. 41, donde además se da cuenta de los términos referentes a enseres domésticos que aportó el náhuatl.

⁶⁷ Cfr. LOPE BLANCH, J. M.: «Entre *moyotes*, mosquitos o escarabajos», en *Nuevos estudios de lingüística hispánica*, México, UNAM, 1993, pp. 191-200.

es la única variante en el estado de Texas, frente a Arizona y Nuevo México donde alterna, entre otros, con otra voz náhuatl, *metate*.

Admitimos como variante de *molcajete cajetito*, recogido con el mismo significado de «almirez» y lo explicamos como aféresis de aquél; además, nos daría la certeza el hecho de tener una frecuencia de uso muy baja (1,9%).

Necha «(comida hecha) con poca sal». Es una variante de *neja*, voz de uso en México con el significado «Tortilla de maíz que una vez cocida tiene color ceniciento por exceso de cal en el cocimiento del maíz con que se hace la masa» (Morínigo, s.v.). Procede del náhuatl *nextli* «ceniza». En Nuevo México (estado donde se recogió el término con una frecuencia de uso del 1,8%), Cobos (s.v.) la registra con la misma forma que aparece en las encuestas.

Papalote «cometa» de *papalotl* «mariposa», con metaforización por la similitud con las alas de la mariposa. Voz indígena de conocimiento absolutamente general en México⁶⁸, según Lope Blanch (1969), e incluso sostiene que es otro de esos términos que han desplazado en México a la voz de procedencia castellana *cometa*⁶⁹. En el sur de Estados Unidos está repartido por todo el territorio, y fue la respuesta mayoritaria con una frecuencia de aparición del 75,9%, aunque no ha desplazado del todo a la voz castellana, que obtuvo el 11,1% de frecuencia.

Petaquilla «armario, ropero», diminutivo de *petaca* (éste del náhuatl *petlacalli* «caja de estera o de juncos», a su vez, compuesto de *pélatl* «estera» y *kállli* «casa»). Está definido por Morínigo (s.v.) como «baúl pequeño de madera» en México y Cerdá como «cofre, baúl». En nuestro territorio, obtuvo una frecuencia de uso muy baja: 1,7%.

Pilmama «niñera» compuesto de *pílli* «niño» y *mama* «la que carga»; con el mismo significado que aquí nos ocupa, el término está localizado en México por Morínigo (s.v.), e incluido por Lope Blanch (1969) dentro de aquellas voces indígenas de conocimiento absolutamente general, a la que Buesa⁷⁰ le atribuye un

⁶⁸ Además de en México, tanto BUESA (1965), como el DRAE localizan el término en Cuba sin ningún cambio de significado. Por su parte, el TLEC hace alusión a la «pervivencia» de esta forma en algunas zonas de La Palma.

⁶⁹ «Situación actual...», p. 29.

⁷⁰ Op. cit., p. 44.

valor afectivo familiar; por otro lado, del sur de Estados Unidos, tenemos el testimonio de Cobos (s.v.) para Nuevo México, a pesar de que en las encuestas se localizó sólo en Arizona, con una frecuencia de uso del 4,3%.

Pinacate «saltamontes», de *pinacatl* «escarabajo», voz de uso en México, atestiguada como tal por Morínigo (s.v.) o Santamaría (s.v.) donde es de conocimiento medio según Lope Blanch (1969). En nuestro territorio sólo obtuvo el 2% de frecuencia de uso.

Piocha «barbilla» de *piochtli*, definido por Santamaría (s.v.) como «perilla», que Lope Blanch (1969) incluye dentro de esas voces indígenas de conocimiento casi general por parte de los hablantes del español de México. En las encuestas, obtuvo un índice de frecuencia del 4,4%, inferior al que obtuvo con el significado «lazo» (18,4%). Con este significado de «lazo» no ha sido encontrado en ninguna de las fuentes consultadas. También hemos registrado *piochar* «cavar»; sin embargo, por su localización (Luisiana), no lo incluimos como voz de procedencia náhuatl, sino como un derivado del francés *pioche* «azada».

Popote «pajita para sorber» de *popotl* «caña» La voz fue la respuesta mayoritaria (75,9% de frecuencia de uso) y está repartida por todo el territorio, menos en Luisiana; voz que, a su vez, está atestiguada tanto en los diccionarios de la zona (Cerde), como en los del país vecino (Santamaría, *DUM*⁷¹). Lope Blanch (1969), por su parte, la incluye como voz indígena de conocimiento absolutamente general.

Uso norteño del español de México

Son voces existentes en otras zonas, cuyo significado se ha especializado en esta parte de México. Hemos registrado: *coyote* y *huila*.

Coyote, de *coyotl* «lobo», es una voz que ha pasado al léxico general con este significado; sin embargo, en nuestro territorio se ha consignado como «hijo nacido tardíamente», designación exclusiva de México, tal como comprobamos en el *DUM* (s.v.), pero, en concreto del norte, por el testimonio de Elizondo (s.v.) y de Smead y Halvor⁷² y según Cerde (s.v.), en Nuevo México se le llama así al mes-

⁷¹ *Diccionario del español usual en México*, México, El Colegio de México, 1996 (*DUM*).

⁷² Art. cit., p. 28.

tizo y al menor de la familia. Ampliamos la difusión que da Cerda, ya que en Estados Unidos la voz está presente tanto en Texas, como en Nuevo México y sur de Colorado, con una frecuencia de uso del 19,4%.

Huila «cometa», de *vilotl* «paloma», definida como «hembra del pavo» o «prostituta», por Santamaría (s.v.); sin embargo, Lope Blanch⁷³ la ha recogido como una de las denominaciones de la «cometa» (creación semántica por metaforización por la similitud con las alas), precisamente en el noroeste del país⁷⁴, en la zona de contacto con Texas, donde se ha recogido precisamente, como una denominación minoritaria (5,6%) frente a la voz mayoritaria que es precisamente otra voz náhuatl: *papalote*.

Usos propios del sur de Estados Unidos

Al igual que en el apartado anterior, son voces cuyo uso se ha especializado en la zona que nos ocupa. Incluimos *cizote* y *tacote*.

Cizote «eccema». Buesa⁷⁵ le atribuye un posible origen náhuatl (*tzokuítlatl* «suciedad del cuerpo»), y además indica que esta voz la debieron «llevar los conquistadores a Cuba y Puerto Rico, únicos países en que hoy tienen vitalidad estas formas». La voz aparece también en Texas (2,9% de índice de frecuencia) y como voz propia de aquí está definida por Cerda (s.v.) como «granos diminutos en la piel que dan mucha comezón y son contagiosos», sin hacer ninguna mención a un posible origen o procedencia. Por su parte, Smead y Halvor⁷⁶ lo incluyen dentro de los aztequismos chicanos.

Tacote ha sido registrado con dos significados: «ántrax» y «golondrino» y en las dos fue la respuesta mayoritaria con un 57,9% y 46,9% de frecuencia de aparición respectivamente. Sin embargo, es la variante de mayor frecuencia no porque sea la más común en todo el territorio, sino por la uniformidad en las respuestas de los hablantes de Texas. La voz procede de *tlacotl* «vara», de hecho en México designa un tipo de planta (Santamaría, *DUM*), no así Cerda (s.v.) en el estado antes mencionado, que lo recoge como «Tumor doloroso que sale en el

⁷³ «El léxico de la zona maya en el marco de la dialectología mexicana», en *Investigaciones sobre dialectología mexicana*, México, UNAM, 1990, p. 82-83.

⁷⁴ ELIZONDO (s.v.) también la tiene localizada en el noreste.

⁷⁵ *Op. cit.*, p. 44.

⁷⁶ *Art. cit.*, p. 28.

cuerpo y se llena de pus y a su tiempo revienta», por lo que podríamos afirmar que en Texas se ha producido una creación semántica.

II. CONCLUSIONES

Si aplicamos la clasificación de Lope Blanch (1969) a nuestro territorio⁷⁷, no hay ninguna voz incluida en el primer grupo (conocimiento absolutamente general), y sólo *cacahuate* y *maíz* estarían en el segundo grupo (voces de conocimiento casi general), una voz náhuatl y otra taína, pero serían de conocimiento casi general principalmente por haber pasado al léxico común, no por las lenguas indígenas en sí.

Por otro lado, serían voces de conocimiento medio (50-85%) en el sur de Estados Unidos (por orden de frecuencia): *cuates*, *zopilote*, *elote*, *popote*, *papa-lote*, *olote*, *chapulín*, *camote*, *guajolote*, *huero*, *tacote* («ántrax»), *naguas* («enagua»), *milpa* y *molcajete*.

Dentro de las voces poco conocidas (25-50%) se encontrarían: *jacal*, *chamaco*, *tacote* («golondrino»), *huracán*, *huaraches*, *papa dulce* y *naguas* («falda»).

El mayor número de voces se sitúa entre las muy poco conocidas (2-25%), un total de 32: *metate*, *mecates*, *tiza*, *chopo*, *coyote*, *piocha* («barbilla» y «lazo»), *aura*, *tepocate*, *chapo*, *jocoque*, *jicote*, *chichero*, *chiche*, *chilote*, *cócano*, *ilote*, *jején*, *huila*, *cocuyo*, *batata*, *guirre*, *pilmama*, *chincual*, *beletén*, *llorona*, *cizote*, *mitotear*, *mayate*, *capulín*, *maní* y *pinacate*. En esta ocasión, cuatro de estas voces (*batata*, *beletén*, *cocuyo* y *guirre*) no son generales en todo el territorio, pues pertenecen a Luisiana, que tiene unos rasgos lingüísticos muy diferentes de los del resto del sur de Estados Unidos.

Por último, el índice de frecuencia de cuatro de estas voces estaría por debajo del 2% (voces prácticamente desconocidas): *malacate*, *necha*, *charqui* y *petaquilla*.

Es decir, de todas las voces registradas con seguridad como indigenismos, sólo dos son de uso generalizado (3,38%); 14 de conocimiento medio (23,73%); 7 voces poco conocidas (11,87%); 11 voces muy poco conocidas (54,24%) y 4

⁷⁷ Tenemos en cuenta que el procedimiento de adquisición de los datos realizado por Alvar es diferente del que empleó Lope Blanch.

prácticamente desconocidas (6,78%). Es una prueba más de la diferencia entre el registro de unas voces y su frecuencia de uso, ya que la mayoría son voces de poco uso.

Para terminar, el número de voces de unas lenguas y otras no es homogénea, ni por su volumen, ni por su difusión en nuestro territorio, por lo que no podemos realizar comparaciones, pero sí queremos destacar el predominio numérico de voces náhuatl, por representar la zona que nos ocupa una variante del español de México, que, en los manuales en concreto, se suele incluir con el norte. Por otro lado, con características totalmente diferentes, Luisiana, que sólo comparte con el resto del sur de Estados Unidos los indigenismos que han pasado al léxico general y mantiene los suyos, a su vez, tampoco compartidos con el resto.

Todo fenómeno lingüístico tiene una explicación, y creo que ha quedado suficientemente probada la idea inicial de lengua como reflejo de la cultura, por otro lado, de sobra conocida.